

SERMON

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

predicado en la iglesia de su nombre por Monseñor Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio del Rosario.

*Et levavi manus meas ad mandata tua
quæ dilexi, et exercebar in iustificationi-
bus tuis.*

Ps. CXVIII, 48.

A pesar de que en dos ocasiones semejantes a la actual, y desde este mismo púlpito, he ensayado el panegírico del glorioso San Ignacio de Loyola; aunque tratar más de una vez sobre idéntico asunto es tarea muy ardua para ingenios medianos como el mío, he aceptado la invitación de los padres jesuitas a predicar el día de hoy, no sólo por el deseo de complacerlos, sino porque tengo para con su egregio fundador deuda impagable de agradecimiento. El es jefe de vanguardia de los ejércitos de Cristo, en cuyas filas, aunque en puesto de menor peligro, me cabe la honra de militar como simple soldado; con el estudio de los antiguos autores de la Compañía de Jesús he adquirido buena parte de mis escasos conocimientos en ciencias filosóficas y divinas, y a los Ejercicios espirituales debo el que mis culpas hayan sido menos numerosas y graves de lo que era de temer, atendidas mi fragilidad y miseria. Títulos son éstos de imperecedera gratitud para el

sacerdote católico, aunque no pueda gloriarse de haber dado los primeros pasos de la vida sobrenatural bajo la dirección de los jesuitas, ni de haber frecuentado sus colegios y oído sus lecciones en la cátedra, ni de haber recibido sus consejos en la época de la formación sacerdotal.

En el primer sermón tracé a grandes rasgos el cuadro de la vida del santo y las glorias de su orden; en el segundo, hablé de su fecunda labor educadora; hoy os haré sobre los Ejercicios espirituales algunas sencillas indicaciones. San Ignacio es el capitán; la Compañía de Jesús, su hueste; el fin de la campaña, la gloria de Dios y la salvación de las almas; los campos de batalla son las misiones y los colegios, y los Ejercicios espirituales son sus armas, que no dan muerte a aquel contra quien se esgrimen, sino le acrecientan la vida, si la tiene, se la devuelven si la había perdido.

La Virgen María, que se dignó ser maestra de San Ignacio, consienta hoy en serlo también para nosotros: mía, para que predique dignamente; vuestra, para que alcancéis fruto de la divina palabra. *Ave María.*

Poco después de que el capitán Iñigo de Loyola, convalescente de sus heridas gloriosas, se mudó, con la gracia divina, de mundano militar en cristiano penitente y pío, fuese en peregrinación al santuario de Nuestra Señora

de Montserrat, purificó su alma con una confesión general y veló sus armas una noche entera, a usanza de caballeros, ante el altar de María, para seguir luégo a la villa de Manresa, donde moró un año, entregado a las mortificaciones corporales y a la práctica de la oración, parte del tiempo en el hospital de caridad, y otra en una cueva de difícil acceso sita en los afueras del poblado. Allí el Señor de los cielos y la tierra, que oculta los arcanos de su sabiduría a los sabios y prudentes y se complace en revelárselos a los pequeñuelos, le enseñó la ciencia de los santos y, como decía Ignacio mismo, «del modo que un maestro trata a un niño de la escuela, a quien instruye,» le fue elevando por grados, desde la contrición por las pasadas culpas, hasta las cumbres más sublimes de la mística, hasta la visión intuitiva, la oración de perfecto reposo y el sumo amor divino desentendido de propios intereses.

Tales fueron aquellas ilustraciones, que San Ignacio solía decir que, «aunque no existiese ninguna de las sagradas escrituras que nos enseñan las verdades de la fe, estaría dispuesto a dar la vida por aseverarlas, sólo por lo que en Manresa se le había comunicado.» Y que aquellas revelaciones no eran fruto de una exaltada fantasía, de una mente enferma, de una voluntad desorientada, lo comprueba el juicio incontestable de la Sede Apostólica y lo confirma también la razón recta. Que un soldado

ignorante escriba un libro que es un portento de análisis psicológico, un milagro de ciencia teológica, no es fenómeno que pueda atribuirse a desarreglos cerebrales; ni un iluso funda un instituto como la Compañía de Jesús, ni un santo fingido gana para Dios la mitad del universo y conserva incólume su conquista después de cuatro siglos.

Comenzó San Ignacio a enseñar prácticamente a los demás lo que del Espíritu Santo había aprendido y a poner aquellas instrucciones por escrito, hasta completar el libro que él mismo tituló *Ejercicios espirituales*. Es un opúsculo de un centenar de páginas, escrito no en el insuperable lenguaje y con la elocuencia de Granada, ni con la ingenua elegancia y donaire de Santa Teresa, sino con el rudo y arcaico idioma del pueblo español de aquel entonces. Y, sin embargo, aquel librito mereció la admiración y los encomios más subidos de los príncipes de la ascética en el siglo décimo sexto: Fray Luis de Granada, de la orden dominicana, el benedictino Ludovico Blosio y el beato Juan de Avila, apóstol de Andalucía, hacedor de santos, ornamento del clero secular español. Más que todos estos, vale el testimonio del papa Paulo III, quien al leer el libro de San Ignacio, y aprobarlo y recomendarlo exclamó: *el dedo de Dios está aquí!* Aquel Vicario de Cristo, se llamaba Alejandro Farnesio. Desbaratado en la mocedad, se hizo varón irrepre-

sible en la edad madura; fue el verdadero reformador de la Iglesia, el autor y padre del Concilio Tridentino, modelo de gobernantes, príncipe magnífico, consumado teólogo, habilísimo diplomático, conecedor del mundo y del corazón humano y de las trazas de la gracia divina.

Los Ejercicios de San Ignacio no son, ni podían ni debían serlo, originales en todas sus partes. Jesucristo, maestro de sabiduría infinita, porque es Dios, no vino a destruir la ley sino a cumplirla, y citó en sus discursos a Moisés, los profetas y los salmos. En el fondo de las obras teológicas, los vocablos *nuevo* y *falso* pueden considerarse sinónimos. Tomó nuestro Santo varios pormenores y acaso el título de su libro del *Exercitatorio de la vida espiritual* que compuso el benedictino García de Cisneros; bebió en la *Imitación de Cristo*, en algún tratado de San Buenaventura, en la *Vida de Cristo y de los santos* que había leído en Pamplona y, sobre todo, en los Evangelios; mas el plan, la ejecución de aquella maravilla son exclusivamente suyos. En San Pedro de Roma se hallan incrustados mármoles, columnas, estatuas y sepulcros de la antigua Basilica constantiniana, pero aquel recinto inmenso, aquella cúpula que taladra las nubes con la cruz que la remata y que serían dignos del Príncipe de los Apóstoles si hubiera algo en la tierra a la medida del Vicario de Cristo, no son sino de Julio II y de Miguel Angel.

El título de la obra ignaciana expresa exactamente su objeto. Perfeccionanse las potencias humanas ejerciéndolas, y esto no sólo en el orden de la naturaleza, sino también en el sobrenatural de la gracia. Claro se ve que no se trata de las facultades corpóreas sino de las espirituales, y que los ejercicios propuestos son de lucha, no contra nuestros semejantes, ni siquiera contra las potestades infernales, sino contra el hombre de pecado que vive y se agita en cada uno de nosotros, aun después de regenerados por el bautismo; aquel hombre viejo de que habla el Apóstol, que nos lleva a omitir el bien que amamos y hacer el mal que aborrecemos. Contra un enemigo incógnito la victoria es imposible, y así San Ignacio nos enseña la ciencia sublime del propio conocimiento, que era para Sócrates la cifra de la sabiduría.

Muy en boga andan en nuestra época la ciencia y la literatura que llaman psicológicas; pero sus cultivadores inspeccionan con prolijo esmero la epidermis humana, e imaginan haber hallado la esencia íntima del rey de la creación. Unos filósofos estudian únicamente el espíritu, como si fuésemos ángeles aprisionados en cárceles de carne; otros, sólo las facultades corpóreas, igualándonos con los brutos animales. Poetas, noveladores y dramaturgos modernistas, al describir las almas, no pintan sino la suya propia. En cambio, los antiguos doctores católicos penetraron hasta la persona humana, por-

tentosa combinación de una forma inmortal, inteligente y libre con un cuerpo plasmado originariamente del polvo de la tierra, y los místicos avanzaron más, dándonos reglas sapientísimas para conocer aquella fisonomía moral de cada uno que se llama el carácter y es el signo de la individualidad, y teniendo en cuenta no sólo el bien otorgado por mano del Creador, sino el mal que puso en la humana naturaleza la culpa original. Así San Buenaventura y Tomás de Kempis, así San Juan de la Cruz y Santa Teresa, y más prácticamente que ellos, San Ignacio de Loyola.

A medida que el pecador—¿y quién no lo es?—va conociéndose, adelanta más y más en aquel santo odio y desprecio de sí mismo que Jesucristo nos puso como condición para no perder nuestras almas; y al aborrecerse, el hombre se declara una guerra sin tregua ni cuartel. Todo esto con suavidad, acomodándose a la marcha normal de las potencias humanas; y de aquí que los Ejercicios espirituales sean el arte de santificar a los cristianos. Mas, podría objetarse, ¿no es sacrílega temeridad querer sujetar la acción de la gracia divina a las leyes dictadas por un hombre? Lo sería sin duda; pero San Ignacio no le traza normas a Dios, sino que conoció por experiencia y puso por escrito las que acostumbra la Sabiduría infinita. Colón no fabricó el nuevo mundo, sino que lo halló en el lugar donde se asentaba desde la creación del universo.

No hay en los Ejercicios una sola doctrina teológica nueva o atrevida, ni una devoción que no fuera tradicional en la Iglesia. Nada se encuentra de fantásticas iluminaciones, de ternuras enfermizas, de enervante quietismo, de sutilezas ingeniosas, sino una devoción católica romana, seria, varonil y activa. Para San Ignacio la oración no es fin, sino medio, y lo que la hace buena no son las consolaciones y lágrimas, ni aun los éxtasis sublimes, sino lo macizo y bien asentado de los propósitos de enmienda. Tampoco quiere que pretendamos dejarle a Dios lo que El se dignó dejarnos a nosotros, sino que cumplamos personalmente la obra de nuestra santificación, confiando en el Señor como si ella consistiera sólo en el auxilio de la gracia, y trabajando como si únicamente dependiera de nosotros.

El método de oración de San Ignacio es fácil para todo linaje de personas, porque se conforma con el proceso natural del espíritu humano, según Santo Tomás de Aquino lo describe. Enseña el Angélico Doctor que nuestro conocimiento de las cosas principia por los sentidos; que el movimiento en ellos recibido origina, por reacción, el fenómeno de la sensación activa; ésta, reflejada por el sentido común, se representa en la fantasía, donde imprime la imagen singular y corpórea del objeto. De allí abstracta el entendimiento las notas específicas y, mediante la especie inteligible, concibe la idea.

Comparándola con otra, forma el juicio, y pasa de la verdad conocida a la que busca, ascendiendo de lo particular a lo universal, por raciocinio inductivo y descendiendo por medio de la deducción. Proceden de los especulativos los juicios prácticos, y entre ellos elige la libre voluntad.

De la propia manera marcha la oración de San Ignacio. Empieza por leer u oír el punto sobre que ha de meditar, sigue la composición de lugar, que pertenece a la potencia imaginativa, sácase de allí, con el ejercicio de la memoria y la razón, el convencimiento práctico de las verdades de la fe; y se determina eficazmente la voluntad a la reforma de la vida. Amo el modo de meditar de San Ignacio, no sólo por ser suyo, sino porque es método, tomista y hacedero, dulce y provechoso.

Mientras el alma del ejercitante está cumpliendo su labor, a la verdad es Nuestro Señor quien la realiza, según aquello de San Pablo: «Trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salvación... pues Dios es quien produce en vosotros, por efecto de su buena voluntad, no sólo el querer, sino el ejecutar.» Por tal motivo, hemos de tener, en la oración, abiertos de par en par los oídos de la mente a las divinas inspiraciones. Mas hé aquí que, al lado de los ángeles buenos, portadores de la gracia, se desliza furtivamente en el ánimo el príncipe de las tinieblas disfrazado de mensajero de la

luz, y el cristiano ignora cuáles de las opuestas mociones que en sí siente vienen del Señor y cuáles de Satanás y sus ministros. Para sacarlos de tan amarga perplejidad, trae San Ignacio unas preciosas reglas sobre discreción de espíritu, entre las cuales la primera y principal es la que recomendaba un siglo después San Francisco de Sales en estos términos bellísimos: «Ningún pensamiento que turba viene de Dios, que es rey de paz y habita en los corazones pacíficos.»

Distribuyó San Ignacio los Ejercicios en cuatro semanas, de las cuales la primera pertenece a la vía que llaman los místicos purgativa; a la iluminativa, las segunda y tercera; la cuarta a la unitiva.

Ahora, si no temiera hacerme interminable, podría analizar las meditaciones una a una, desde la fundamental del principio y fin del hombre hasta la contemplación para alcanzar amor, que es la cúpula del magnífico edificio; diría por qué ingeniosos procederes nos hace pasar el Santo, del anhelo de felicidad cumplida a la indiferencia por las criaturas terrenales, y al aborrecimiento de las culpas y a la intensa y perfecta contrición de todas ellas. Veríais cómo, después de limpio el huerto de nuestra alma de zarzas y ortigas por medio de la penitencia, se van sembrando en él, mediante el estudio de la vida de Jesús, nuestro modelo, plantas salutíferas que se cubrirán de hermosas flores de piedad y fru-

tos de buenas obras. Con la consideración de los misterios hállanse hábilmente entretejidas la del *llamamiento del rey temporal*, poderosa a inflamar al ejercitante, sobre todo si es de ánimo entero y generoso y le corre sangre española por las venas; las de *dos banderas, tres binarios, tres grados de humildad*, que llevan con suavidad al alma a preferir sinceramente la pobreza a la opulencia, la deshonra a los honores, la enfermedad a la salud, siempre que sea para la mayor gloria de Dios, y preparan el ejercicio de la elección, que es el fin de la segunda semana. En la tercera, el cristiano acompaña al Redentor en los dolores físicos y morales de su acerbísima pasión; y en la cuarta, resucita con Cristo y gusta algunas gotas de la dulzura y consumado gozo que inundan la humanidad del Verbo, sentado a la derecha del Padre. La final meditación para hallar la caridad perfecta, es, en medio de su aparente sencillez, un abismo tan hondo, que aún no han acabado de sondearlo los comentadores más sabios, los corazones más amantes.

Sobre todo lo anterior podrían hacerse largas disertaciones, no desnudas de interés especulativo, pero acaso de cortísimo provecho. Porque los Ejercicios no se conocen con leerlos, ni con oír sobre ellos los más eruditos comentarios, sino practicándolos. Ensayadlos, hermanos míos, bajo la dirección de un maestro competente, siquiera una vez en vuestra vida, aun re-

duciendo cada semana a menor número de días, y al terminar la tarea, hallaréis haber avanzado más en el camino del cielo que con largos años de penosos esfuerzos, esperaréis con mayor confianza la gracia de una buena muerte, y se hará más probable para vosotros el dón supremo de la perseverancia final.

No soy yo quien lo afirma: Gerardo Kalckbrenner, contemporáneo de San Ignacio y prior de la Cartuja de Colonia, escribía a un monje de su orden: «Un tesoro tál debería buscarse, aunque fuera preciso ir para ello hasta las Indias»; el teólogo escolástico Juan Cochlaeus exclamaba: «Por fin hay maestros para el corazón!» El embajador imperial Pedro Ortiz se retiró con el Santo a Monte Casino, y al concluir los Ejercicios, decía: «He aprendido en dos semanas una nueva filosofía, de la cual, durante los años que enseñé en la Universidad de París no había tenido barrunto ninguno.» San Francisco de Sales recomendaba los Ejercicios espirituales, San Carlos Borromeo los hizo obligatorios para el clero de Milán; los tienen adoptados todas las órdenes y congregaciones religiosas, los seminarios que viven del espíritu de Roma, el clero secular de casi todas las naciones; y aun muchos piadosos laicos los conocen y frecuentan. Se ha dicho—y no es hipérbolo—que han convertido más pecadores que las letras que contienen.

¡Bienaventurados vosotros, Reverendos Padres de la Compañía de Jesús, que os formásteis en la escuela de los Ejercicios espirituales; reconocéis a San Ignacio de Loyola por fundador y padre; por hermanos, a apóstoles como San Francisco Javier y ángeles como San Luis Gonzaga; tenéis preceptores como Suárez y Lugo, maestros de espíritu como Rodríguez y La Puente; sois sucesores de los que llevaron el nombre de Jesús desde las islas del Japón hasta las llanuras sin término que bañan el Marañón y el Plata! Levantad los corazones, que vuestra gloriosa tarea aún no está terminada. Después de la catástrofe sin precedente que estamos contemplando, surgirá un mundo nuevo que es preciso ganar para Dios y para el Pontífice Romano. En esa campaña pacífica, aunque preñada de fatigas y peligros, no dejaréis el puesto de vanguardia, y esgrimiendo las armas forjadas por el capitán Loyola, enarbolando el estandarte con el nombre de Jesús, iréis a la victoria, a vuestro tradicional grito de combate: *Ad maiorem Dei gloriam!*

31 de julio de 1917.